



15

*Asensio Sáez*

# Antología de la literatura murciana

## ESCRITORES MURCIANOS DE AYER Y DE HOY

### SELGAS / HOJAS SUELTAS

POLO DE MEDINA / EL BUEN HUMOR DE LAS MUSAS  
VICENTE MEDINA / LA CANCIÓN DE LA HUERTA  
CASTILLO PUCHE / CON LA MUERTE AL HOMBRO  
TORNEL / CUENTOS Y TRADICIONES MURCIANAS  
C. NAVARRO / EL CANSADO SOL DE SEPTIEMBRE  
C. NAVARRO / EL NIÑO DE LA FLOR EN LA BOCA

ALEMAN SAINZ / CUANDO LLEGUE EL VERANO  
MIGUEL ESPINOSA / ESCUELA DE MANDARINES  
VICENTE MEDINA / ALMA DEL PUEBLO  
GARCIA JIMENEZ / LA PEREGRINACION  
ASENSIO SAEZ / LIBRO DE LA UNION  
BALLESTER / EL LICENCIADO CASCALES  
SANCHEZ BAUTISTA / A MODO DE GLOSA

CASTILLO PUCHE / EL VENGA DOR  
FRUTOS BAEZA / DE MI TIERRA  
ALEMAN SAINZ / PATIO DE LUCES

PUCHE / TRILOGIA DE LA LIBERACION  
SANCHEZ ROSILLO / MANERAS DE ESTAR SOLO  
VICENTE MEDINA / AIRES MURCIANOS  
ALEMAN SAINZ / CARTA BAJO LA LLUVIA

CASTILLO PUCHE / HICIERON PARTES  
PEREZ VALIENTE / ASI EN LA TIERRA  
ELIODORO PUCHE / MOTIVOS LIRICOS  
SANCHEZ BAUTISTA / LA SED Y EL EXODO  
MIGUEL ESPINOSA / LA FEA BURGUESIA  
ELIODORO PUCHE / EL MARINERO DE AMOR  
SANCHEZ BAUTISTA / ELEGIA DEL SURESTE

FRUTOS BAEZA / PALICOS Y CAÑICAS  
BALLESTER / OTONO EN LA CIUDAD  
ASENSIO SAEZ / PARTE DE MURCIA

CARMEN CONDE / POEMAS DEL MAR MENOR  
FRUTOS BAEZA / ROMANCES POPULARES  
SANCHEZ ROSILLO / PAGINAS DE UN DIARIO  
ALEMAN SAINZ / LA VACA Y EL SARCOFAGO  
CASTILLO NAVARRO / LA SAL VISTE DE LUTO

SELGAS / EL ESTIO  
BALLESTER / SUEÑOS  
BALART / DOLORES  
PEREZ VALIENTE / VOLCAN

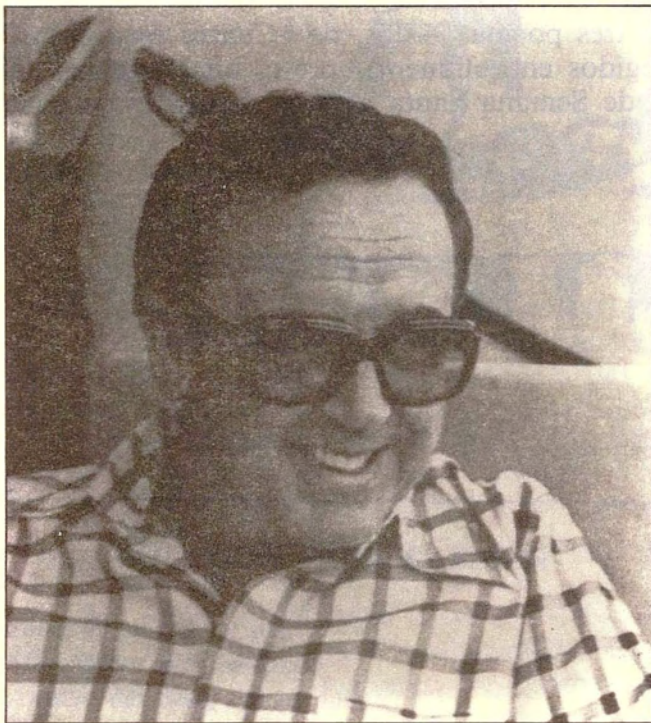
ELIODORO PUCHE / CORAZON DE LA NOCHE  
SANCHEZ BAUTISTA / ALTO ACOMPAÑAMIENTO  
PEREZ VALIENTE / LA MEMORIA, ESE OLVIDO  
ELIODORO PUCHE / LIBRO DE LAS CANCIONES

SELGAS / LA PRIMAVERA  
ANDRES CEGARRA / SOMBRAS

ASENSIO SAEZ / CUATRO ESQUINAS  
PEREZ VALIENTE / NO AMANECE  
JARA CARRILLO / LAS CARACOLAS  
JARA CARRILLO / BESOS DEL SOL  
CARMEN CONDE / CITA CON LA VIDA  
FRUTOS BAEZA / CAJINES Y ALBARES

BALART / HORIZONTES  
VICENTE MEDINA / LA COMPAÑERA

POLO DE MEDINA / OCIOS DE LA SOLEDAD  
POLO DE MEDINA / ACADEMIAS DEL JARDIN  
GARCIA JIMENEZ / ODDIO SOBRE CENIZAS  
GARCIA JIMENEZ / EPICA DE NAUFRAGO  
JARA CARRILLO / EL AROMA DEL ARCA  
CASTILLO NAVARRO / CARIDAD LA NEGRA  
MARTINEZ TORNEL / ROMANCES POPULARES  
CARMEN CONDE / CORROSION  
ANDRES CEGARRA / GAVIOTA  
MIGUEL ESPINOSA / TRIBADA  
CARMEN CONDE / ANSIA DE LA GRACIA  
MIGUEL ESPINOSA / ASKLEPIOS  
JARA CARRILLO / SIEMPRE VIVAS



## ASENSIO SAEZ

**A**sensio Sáez García nació en la localidad minera de La Unión el 28 de febrero de 1923. Cursó los estudios de Magisterio y, a su término, ejerció durante muchos años la profesión de maestro en su ciudad natal. A La Unión, donde ha vivido siempre, ha consagrado cuatro libros en los que late un delicado amor a sus tradiciones y sus gentes. Pocas ciudades españolas han encontrado un cronista con una prosa de tan altos valores literarios como la de Asensio Sáez, «escritor en el supremo dominio de la belleza y el amor», en frase del alicantino Manuel Molina.

Su primera obra apareció en 1950 con el título de «Cuatro esquinas» y fue una colección de poemas publicada por Editorial Levante. Sin embargo, su labor creadora evolucionó enseguida

hacia la prosa aunque, eso sí, una prosa llena de hermosas resonancias poéticas. Así, surgieron sucesivamente «Libro de La Unión» (que lleva tres ediciones desde la inicial de 1957), «Monasterio de San Ginés de la Jara y, en pliegos de cordel, vida y milagros del Santo», «La Unión, su antología», «Parte de Murcia (urbe, huerta, mina, mar)», «El templo del Rosario, de La Unión», «Libro de las cuatro estaciones», «Cuentos» y «La Unión, aproximación a su etnografía». De ellos, hay dos particularmente interesantes: el «Libro de La Unión», subtulado «Biografía de una ciudad alucinante», entrañable acercamiento a sucesos, lugares y personajes de una historia cercana, y el titulado «Cuentos» (edición de Belmonte Serrano), que reúne 35 relatos cortos de los más de 250 que el autor ha publicado en diversos periódicos y revistas. La calidad de estas narraciones breves le ha granjeado merecidos elogios de críticos y comentaristas como Rafael Lafon, López Gorgé, José Vicente Mateo, Giménez Caballero, etc. y la inclusión de algunas de estas narraciones breves en prestigiosas antologías. Tiene, además, varios libros inéditos, como «Murcia, sus ángeles y sus demonios», «Las estatuas se mojan», «La copla enterrada» y «Santos de palo».

Asensio Sáez es un notable pintor, de fondo surrealista, con obra en varios museos y pinacotecas, así como en muchas colecciones particulares.

Para la presente antología se han seleccionado tres poemas —dos, de «Cuatro esquinas» y otro, mucho más reciente—, unos cuentos no recogidos en volumen impreso, unas páginas del «Libro de La Unión», el fragmento de un pregón de Semana Santa y otros varios textos poco conocidos.

A. C.



## BODEGON PARA CARMEN

*Sobre el mantel, el pan.  
 Mar Menor por trasfondo.  
 Azulejo del cielo, entero añil.  
 Molinos y palmeras,  
 campana de la Jara,  
 dedo de San Juan del faro...  
 Sobre el mantel, el pan,  
 iba diciendo.  
 La sal, por descontado.  
 La mesa es eje, centro  
 para la casa toda.  
 Aquí, de codos, el amor,  
 a flor de tabla,  
 memorias despertando:  
 perdida infancia,  
 caracolas y penas.  
 Voz del recuerdo,*

*a saber:  
 viajes, sueños,  
 la estatura de un libro,  
 telegramas azules, Dios por remite;  
 carta de Antonio...  
 Dije pan, sal fue nombrada.  
 Más todavía sobre la noble tabla:  
 en jarra popular, vino encendido;  
 porosa fruta,  
 dedal y aguja  
 por echarle un remiendo a la ternura  
 y, acaso, al corazón usado.  
 Oh, gozo de rimar por él,  
 frente a la mesa,  
 altas palabras,  
 vocablos que cuadren con «amor».*

(De «Alaluz».  
 Número-homenaje a Carmen Conde)

## TENTACION DE LA MUERTE

Venga a nosotros tu jardín helado,  
madre Muerte.  
Mientras la noche pone su huevo en tus cuencas,  
desgaja, madre, la granada de tu risa de huesos.  
Amurállanos  
con la madera donde fracasa mayo,  
donde jamás la blanca sangre de la luna llegue.  
Abre, madre, tus hoyos  
a nuestra calavera como una caracola  
que guarda tus músicas.  
Apareja tus salas,  
donde la fecha detiene sus relojes,  
donde el hastío y la sed encuentran su medida.  
Madre Muerte,  
porque nos traes lo exacto,  
porque nos llama Dios entre tus huesos amarillos,  
a la orilla de un infinito tedio te invocamos.

## BLANCO

Ay, tu casa.  
Tu casa en una furtiva  
arquitectura de blancos.  
Pozo, alcoba y comedor  
con su bodegón de fruta  
partida en lo blanco.  
Ay, tu casa prisionera  
de una locura de blancos.

Bajo los arcos de cal  
se doblan las rosas blancas  
en los vasos blancos.

¡Qué cenefa de inquietudes  
vas poniendo, amor, en tu  
pañuelo blanco!

Latidos de savia blanca  
hinchan la carne de los  
jazmines blancos.

Ay, tu casa,  
de blanco.  
¡Tu casa bajo las luces  
blancas donde yo te sueño  
blanca en lo blanco!

De «Cuatro esquinas»)

## EL PAISAJE A LA CARTA

### LA «ALZABARA»

La «Alzabara» es el bastón de mando del paisaje. La «Alzabara» también tiene algo de percha para que el viajero sin prisa, el peregrino que todavía recorre, zurrón al hombro, los caminos del Señor, cuelgue su báculo y su sombrero.

Parte de nuestro paisaje se orla con la presencia de la pitera, planta galana de cuyas fibras fray Leandro Soler vio sacar a los indios «encaxes preciosos» y que aquí sirvió en su día para la confección de «cordeles, ramales de mulas y cordones para freyles franciscos».

La pitera —«alzabara»— brota triunfalmente de esa hoguera de hojones reptantes, múltiples y robustos, salomónicos como llamas retorcidas, ascuas y lumbres de un purgatorio vegetal. De sus verdes fuegos nace, pujante y primaveril, el vástago en flor, cosechador de toda suerte de piropos: muleta del paisaje, comadre del lagarto, puntal del aire, candelabro vegetal...

Reina y señora de la sierra, la «alzabara», doncellona de buen ver siempre, jacarandosa pita, tan mujer de sus montes...

### EL MOLINO

Alegres escorzos los del molino bien plantado en mitad del paisaje. Testigo de muchos aconteceres, su encalada piedra; su chapitel, sombrero de domingo; su ventanal, ojo de Polifemo campesino y enamorado; sus entenas, cruz donde el viento se crucifica; sus ocho velas, pañuelos de Dolorosa.

Bajo el sol, girasol, y siempre cristobalón de la gran catedral del campo, castillo de irás y sí que volverás con los ojos cargados de la belleza de su estampa. Quijote antes que Sancho, el molino: soñador de herida abierta siempre. El último romántico, en fin.

«Asensio Sáez es un poeta amplio, complejo, rumoroso, lleno de mundos y de trasmundos, ansioso de trascendencia y de música, de enorme ambición poética».

Guillermo Díaz Plaja

## LA PALMERA

Frente a la desolación de la sierra desnuda y calcinada, allí donde la vena de la savia fue sustituida por la raíz del plomo o la pirita, creció por milagro de la naturaleza, la gracia vegetal de una palmera. Hoy, los embalses de un lavadero mineral, comienzan a rodearla, ya un tanto anémica y amarilleante. Un día, la palmera ya no estará aquí. La palmera habrá pasado a la nómina de las cosas que fueron, y como el hecho pertenece al capítulo de lo fútil, de lo intrascendente, sobre su caño de verdura en el recuerdo caerá, como una losa, el olvido. Sin embargo, alguien que guardará en su corazón una singular ternura por las cosas pequeñas, por las cosas efímeras, por las bellas cosas inútiles, dirá recordando a la vieja palmera: «¿No sabéis? Ahí, al pie de la sierra, creció una vez, verde y hermosa, una palmera». Bastarán esas palabras tan sencillas para que la palmera reciba y goce su mejor y más devoto réquiem.

## LA NORIA

Debió ser ciertamente hermosa la estampa de las norias, funcionando por aquellas tierras por las que el cante tomaba cuerpo y en la que los troveros de blusa y alpargata hacían frutecer la fresca inspiración de los octosílabos.

Hoy la noria cuenta sólo en función de reliquia. El tiempo borró del paisaje sus huellas. Sólo los más viejos recuerdan la redonda gracia de su girar, su impronta de carrusel en la feria del paisaje campesino, de rueda de Santa Catalina, de ruleta en el juego infalible de la tierra y el agua.

## LA SIERRA

La sierra minera, que arranca de Cartagena y va a dar al mar de Cabo de Palos que es el morir, ofrece la riquísima gama, casi de paleta de pintor, de sus ocres, malvas, bermellones... Ábsides pétreos, mondas y lirondas lomas sobre las que alguna vez puede pastorear, sin em-

bargo, el tomillo, la sabina, el palmito de redondo limbo, como un abanico pericón; el báculo episcopal de la pita... Piel de la Historia. Aquí la bocamina conduce a los largos pasillos subterráneos que conocieron el peso de Fenicia, Carthago, Roma...

## EL MAR MENOR

Atardecido, salen las embarcaciones de la pesca, en grupos de tres. Pantasanas que encarcelan entre la reja de la red el salto fugaz, ondulante, de los peces. Pasan con lentitud solemne, y su imagen es recogida por el espejo de las aguas encendidas de rojos, naranjas, oros que el lujo del poniente vuelca sobre su superficie, tan alisada y tersa que, a veces, más que a mar, fruncido en rizos de oleaje, diríase pertenecer a fría rodaja de agua de vaso o lámina dormida de alberca.

Sobre los mármoles de las pescaderías aparecen luego los grandes montones de pescado, aún con el último latido que hincha el grosella de las agallas. Llegarán pronto hombres que hablan de subastas, de cifras. Por un puñado de sucios billetes comprarán el tesoro de mar: mújoles de molla sabrosa, de un blanco incólume, sano, casi vegetal, de pétalo de magnolio; doradas de piel salpicada de purpurina refulgente, como de pez de «Entierro de la Sardina»; azogados magres de escamas de tisú, langostinos de un gris tormentoso que el humilde fuego culinario transmutará en un rosa anaranjado e íntimo de cintura de diosa marina, Venus venida a menos...

(De varias publicaciones)

## SALZILLO, PALABRA DE DIOS

...Salzillo fue nombrado. Lógicamente habíamos de llegar a él como centro y cogollo de la más bella mitología nazarena, aupada cada primavera por la costumbre y el amor. Frente a ella, Salvador Jiménez, otro barroco, sin duda una de las más importantes voces de la prosa

## CIUDAD FANTASMA

murciana, ha podido certificar: «Salzillo y Murcia es una y la misma cosa».

El muchacho de tejanos y zamarra de cuero, discotequero él; el ejecutivo que, cartera bajo el brazo, busca más o menos inútilmente un aparcamiento; la vieja burguesía cuyo discreto encanto echa todavía de menos a Benavente en el Romea, el chico que maneja el ordenador electrónico como el que lava y el camionero que, para hacer más llevaderos los kilómetros de su peregrinaje por las carreteras, enchufa la cassette del Fary, continúan contando en Murcia con Salzillo con la misma fidelidad que la del antiguo huertano de montera y esparteñas apegado antes que nada a la tierra y sus conjuntos o la de la huertana, cuyo refajo o moño de picaporte daba pie al verso de Vicente Medina, allá justamente cuando las glorias del michirón picante o la hora del «chipirrín» no habían sido todavía derrotadas por la hamburguesa y «Falcon Crest».

Salzillo, palabra de Dios. Ni las servidumbres a las que el paso del tiempo sometió a Murcia, ni la cancelación de determinados prejuicios y tabúes, ni siquiera la tiranía de muchos módulos totalmente uniformadores de lo que podríamos llamar nueva cultura han podido acallar el lenguaje de los santos de palo, la dialéctica de la gubia, esto es, la herencia de Salzillo.

Dejo para otros el despliegue erudito, la palabra doctoral sobre el escultor para quedarme, callando y agradeciendo como se aconseja desde el frontispicio de no recuedo ahora qué museo, solo con el reencuentro con Salzillo en las calles de Murcia para las que soñada fue su obra, alcanzándole a la procesión sus más imprevistos escorzos, echando mano a esa estrategia popular y castiza de apretar el paso para atajarla en varios puntos claves e incluso acompañando a Salzillo, luego, ya a punto de reventón, bajo el oro pastoso de las primeras luces de la tarde del viernes en su retorno a San Agustín, que ya no se parece a una plaza de Singapur, como aseguró un día Paco Alemán, pero que en esa hora mantiene exactamente la dimensión del más delirante aguafuerte.

(Del Pregón de Semana Santa. Iglesia del Carmen, 1986)

...Calles enteras, centenares de casas demolidas por unos cuantos billetes. La madera y el hierro eran llevados inmediatamente a Cartagena. Quedaban las paredes maestras, con el hueco de los balcones recortados contra el azul del cielo. Los tabiques se desmoronaban pronto, y sobre los escombros brotaba la mata del cardo, de flor morada nacida entre un círculo de agudas espinas que recuerdan la corona de Cristo.

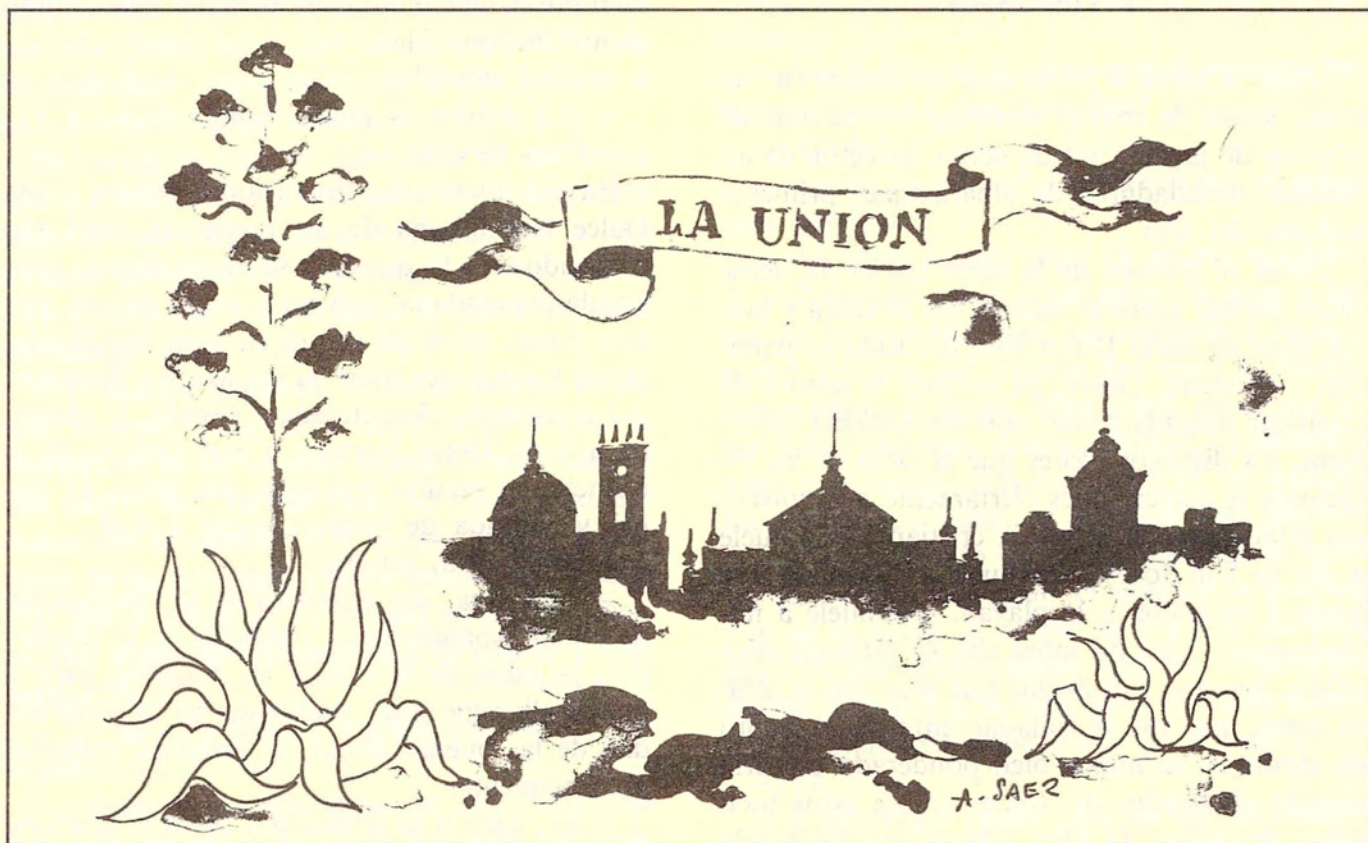
Treinta mil hombres buscando caminos nuevos. Detrás, La Unión, la sierra, ya en soledad de recuerdo. Otras tierras volverían a crecer ahora ante el pasmo de los ojos. ¿Qué nuevas esquinas imprevistas aguardarían al otro lado de esos horizontes a los que habrían de acercarse temblorosos de dudas, de temores, y en los que tantas cosas podrían acumularse de pronto: el hambre, el dolor, tal vez la muerte?

Pero había que huir, huir de prisa, sin saber exactamente a dónde. Huir: la esposa y los hijos detrás, sucios y despeinados, lloriqueando, solicitando la dádiva de una onza de chocolate, de una rebanada de pan... El hombre trataba de acallarlos. El hombre ha de ser hombre siempre, ha de serlo aun pisando la brasa taladrante del dolor.

—He dicho silencio.

Se volvía para decirlo, antes de subir al autobús destartelado o al viejo tren. Y al torcer la cabeza por última vez, se le ofrecía la postrera visión de La Unión con todo su pasado encendido súbitamente: su boda en La Unión, las pequeñas enfermedades de los hijos en La Unión, su trabajo en las minas de La Unión, la taberna con los amigos en las tardes de los domingos en La Unión. Todo irremediamente perdido para siempre. Y era entonces él, el varón fuerte que había de acercar el báculo de la conformidad hasta los suyos, el que terminaba llorando como un niño.

El éxodo, la huida acuciante. Sólo quedarían aquí los obstinados que esperan el milagro bíblico de una resurrección o los que amaron siempre de veras a la ciudad, los fieles a la emoción de muchos días, al recuerdo que se aferra a las paredes y al corazón, atando para siempre a la tierra; seres que ya no son capaces de construir un solo día lejos de su paisaje cotidiano, y lo



resisten y acatan todo a cambio del ámbito poseído. Como sombras expectantes, como pobladores irreales de un mundo de ruinas, pasaban una y otra vez por lo que hasta ayer fue una amplia avenida y hoy era solo un puñado de cascotes; acariciando la memoria de las horas felices, complaciéndose en la evocación del pasado inmediato, dichoso, para referirlo enseguida a la desolación del momento.

Algunos mineros, llegada el alba, bajaban hasta Cartagena, ya sin afeitarse, cuidando de acentuar la cochambre de la ropa, para la lástima de las buenas almas, a «pedir». ¡Cuánta sangre árabe había de crecer en las venas para que así se aceptase tanto fatalismo y conformidad! De este momento amargo dejó señal en trovo el gran Marín, ya muy anciano en esos días:

**Vierte sangre el corazón  
viendo con vergüenza y pena  
mendigar en Cartagena  
los mineros de La Unión.**

Porque hasta eso se había llegado: mostrar sin pudor la palma de la mano encallecida, antes magnificada por las herramientas de las minas.

(Del «Libro de La Unión. Biografía de una ciudad alucinante»)

El «Libro de La Unión» es «una de las más hermosas obras literarias que un pueblo español ha merecido».

**J. Belmonte Serrano**



## PAISANAS

Huele la tarde a primavera disfrazada de verano, siesta de mayo, domingo atravesado de efluvios de jazmín, pis de perro, macetón de albahaca, mondaduras de albaricoque, primeros sudores del año...

Desde su tribuna de la santa paciencia, léase sillón varado junto al balcón, los noventa y tantos kilos de doña Dulce Nombre todo lo perciben y analizan. Gusta, en verdad, la señora de clasificar delgadamente, con sensibilidad enfermiza, los distintos olores que el ciclo de las estaciones le acerca, pues ciertamente a exquisiteces olfativas no le aventaja cristiano. «Se huele a día de San José». «Se huele a Corpus». «Se huele a excursión a la playa». «Se huele a nochebuena». ¡Qué no sabrá ella de sutilezas odoríficas, tantas y tan doctas que sólo con el olfato antes que con el paladar enjuicia el punto de sazón de su nunca bien ponderada dulcería casera! «Sobrados de azúcar andan estos tocillos de cielo». O bien: «Huérfana de canela vino a salirme la jalea».

Ahora, en la tibia tarde de mayo, atada a su anquilosis, se ha dicho para sí misma: «Se huele a verano anticipado», y ha suspirado blandamente, aceptando con entera resignación la soledad del domingo, pues la criada goza de su tarde libre y no regresará hasta bien entrada la noche. Ganada voluptuosamente por la modorra de la siesta, ha de aceptar con agrado aquel conato de sueño picante y goloso que le hace bajar los cansados párpados, pero ha de abrirlos enseguida, pues el sonido del timbre de la puerta de entrada le acerca el aviso de que alguien la requiere. Pudo disponer doña Dulce Nombre de portero automático, pero prefiere contar con el tradicional sistema de las viejas casas, más funcional si se cuenta con su especial situación de tullida. Al tirar de un hilo cuyo cabo se ata a un brazo de su sillón, se abre el ojo de una mirilla generosa, situada en el santo suelo, a sus propios pies, justamente encima del portón, en el que ahora descubre doña Dulce

Nombre a una señora de mediana edad, totalmente desconocida.

—¿Qué desea?

—¿La señora es Dulce Nombre?

—Para servirle.

En sus mermadas condiciones físicas, doña Dulce Nombre ha de ser precavida, más aún contando con lo que hoy se da en llamar inseguridad ciudadana, una cruz; amén de que, por otra parte, entre las gentes circulen justificadas famas y opiniones sobre su opulencia y bienestar.

La visitante, discretamente vestida, le recuerda a doña Dulce Nombre a don Quijote de la Mancha en versión femenina, tan parca de carnes y sobrada de estatura viene a salir.

—Usted dirá, señora.

—Pues verá, soy miembro de la Hermandad de Niños Abandonados y solicito de la reconocida largueza de la señora un donativo para el nuevo albergue que, confiando en la generosidad de las buenas almas, se proyecta construir próximamente.

—Ay, cuánto lo siento, por usted y, claro es, por los propios niños desvalidos, pobrecitos míos, pero considere que me encuentro sola y atada a una enfermedad que me tiene postrada va para siete años. ¿He dicho siete? Pues no, señora, que son ocho y va para nueve.

—¿Enfermedad incurable?

—Con ella bajaré a la tumba.

—A Dios, nuestro Señor, rogaré por su establecimiento si conviene para bien de su alma y a la vez elevaré mis plegarias a San Expedito, excelso Patrón de mi pueblo natal, Bollullos del Campo.

—¿Dijo Bollullos del Campo?

—Bien oyó la señora. Tierra de rancio abo-lengo y esclarecidas virtudes.

—Miel se me hace la boca con sólo escuchar ese nombre. ¡Bollullos del Campo! Pueblo divino, oiga. Huertos en flor, carretera asfaltada, río de aguas cristalinas como para ser copiado en cromos de almanaque... ¡Bollullos, Bollullos, cuna de mi primer llanto! Aguarde que tire del cordel que abre la puerta. A la mano lo tengo. Precaución, ¿sabe?, que no anda el horno para

magdalenas. Todo cuidado es poco. ¡Anda una tan sola! Suba, suba, por favor. ¡Ay, Bollullos, mi Bollullos! ¡Pero quién me lo iba a decir a mí! Adelante, hija, adelante.

De cerca, la otra, en contra de lo que doña Dulce Nombre había estimado, no se le parece tanto a don Quijote de la Mancha, una de las lecturas favoritas de la señora, se sobrentiende en los ratos que los telefilmes le dejan holguras de tiempo libre.

—¡Paisanas, paisanas! Tenga la bondad de tomar asiento. ¿Recuerda usted la «Perfumería Moderna», la de la calle Nueva? Propiedad de mis padres fue. Ya huérfana, servidora dejó Bollullos por la capital. Viví mucho tiempo al cuidado de tía Eduvigis. ¡Santa señora! No le digo más que la mitad de su fortuna pasó a su muerte, por voluntad testamentaria, a pobres y desheredados.

—¿Y la otra mitad? Vamos, por simple curiosidad...

—¿Pues para quién había de ser, mujer, resultando servidora su única heredera legítima, y más habiéndome quedado soltera puede decirse que por andar a la exclusiva atención de tía Eduvigis? En su disfrute vengo a estar, que es un decir, baldada como servidora se encuentra y más teniendo en cuenta la carestía de vida, según certifica la «tele», que por otra parte, oiga, anda cada día más libertina y puerca.

—Habla usted como un libro abierto, señora.

La conversación entre las dos mujeres nace fluida y vivaz, que no en vano, vamos, según parece, los santos lazos del paisanaje terminan siempre por atar los corazones y más las voluntades.

—Usted habrá sabido disimular si anduve un tanto remisa en abrirle. Toda precaución es poca hoy día.

—Bien obró, señora. En uno de los pueblos por mí visitados con el fin de recaudar fondos con destino a la Hermandad, asesinaron recientemente, por desvalijarla, a una anciana desvalida.

—¿Con pistola?

—¿Pistola, dice? Ca, no señora, mano de almirez.

—¡Bendito Dios! Y ahora que de muertos hablamos, ¿murió don Trinidad?

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Don Trinidad, el señor cura párroco.

—¡Ah, sí, sí! Murió, claro. De infarto, sí señora.

—¡Pobrecito mío! ¡Qué labor la suya a favor de la juventud, hoy tan maleada y en desnorte! Poderes del averno que todo lo malea, comprobado lo tengo. Mire usted, mi olfato no me falla. ¿Aborto, droga, «sida»? El demonio anda por medio. ¡Lo que a mí se me escape! La verdad sea dicha, es que servidora dispone de un sexto sentido en cuanto a olfato se refiere, se trate de distinguir el olor de la diamela y el de la dama de noche, se trate de discernir entre lo que consecuencia natural de progreso resulta y lo que a la vista salta que sólo manojos de Satanás vienen a salir a la postre.

—Ya.

—Y ahora que caigo, ¿qué ha sido de Simón?

—¿Simón? Ah, sí, qué gran hombre.

—Pues a mí me aseguraron que estaba hecho un perdulario últimamente.

—Habladurías de la gente.

—Lenguas sin caridad, que las hay, vaya si las hay, en esta viña del Señor.

Surgen enseguida piadosas conversaciones sobre los niños desvalidos y, antes que nada, sobre la misericordiosa utilidad del futuro albergue a su favor. Súbitamente, la visitante se levanta.

—Si la señora tiene voluntad...

—Pues claro. También una desea aportar su óbolo a tan plausible proyecto, bueno fuera, hija. Mire, como yo no puedo moverme, usted me hará el favor de abrir un cajón de esa cómoda. Tome el llavero... Coja mil pesetas. Un día es un día. Bástese que sea usted de Bollullos. ¡Qué pueblo el nuestro, tan coquetón, tan hospitalario!... No, esa llave no; ésa es la del armarito de las joyas, las joyas de tía Eduvigis. No, si digo la llave pequeñita... Eh, oiga, ¿dónde va usted?

La paisana se ha acercado al hueco de la escalera y tira del cordel. Simplemente dice, como una secreta y victoriosa consigna funcional:

—Ya puedes subir, Paco.

Sube Paco, cuarentón de torva mirada y catadura enteramente sospechosa; si corto de estatura, generoso en barriga. Pues bueno, aun contando con tales propiedades, no le llega a recordar a doña Dulce Nombre a Sancho Panza, compañero de don Quijote, libro divino el que refiere sus hazañas.

—¿Usted es también de Bollullos, caballero?

La paisana saca ahora para dirigirse a Paco un acento achulapado, totalmente inesperado:

—Paco, aquí, doña Mantecas, que pregunta si eres natural de Bollullos.

Le muestra al otro gozosa, eufórica por lo requetebién que todo está saliendo, el llavero de doña Dulce Nombre, añadiendo cínicamente:

—Puedes actuar tranquilamente, Paco. Yo me quedo aquí, con la señora, hablando de Bollullos.

Aunque tarde, doña Dulce Nombre va entendiendo.

—Pero, bueno, hija mía, ¿usted no es de Bollullos?

—¿Quién, yo de Bollullos? ¡Vamos, anda! Servidora, natural y vecina de Játiva, provincia de Valencia, la única relación que ha mantenido con su pueblo de usted es la de haberme leído los cuatro datos de una guía turística que la verdad por delante, poca luz arrojó sobre la ignorancia de una sobre su tierra natal, aunque, eso sí, la suficiente para poder introducirme tan ricamente en su casa de usted.

Doña Dulce Nombre cree que, de un momento a otro, va a despertar de una alucinante pesadilla.

—¡Jesús, Jesús mil veces!

La paisana —falsa paisana, ay— levanta ahora la voz para preguntar al otro, que hurga

ahora Dios sabe en qué perdido rincón, gruta de Alí Babá, áureo tesoro del moro:

—Paco, ¿qué, tío?

—¡Canela fina!

Doña Dulce Nombre intenta gritar, solicitar desesperadamente amparo, y sólo le sale de las profundidades de las entrañas un leve gruñido de horror. La prójima de Játiva le acerca su vaho cálido, fétido:

—Si levantas la voz, te pico, gorda, te pico.

...A la noche regresará la criada y, extrañándose de encontrar abierto el portón, preguntará un tanto temerosa, comenzando a subir las escaleras:

—¿Ocurre algo, señora?

Y la señora no contestará. No, no estará muerta doña Dulce Nombre. Viva y bien viva permanecerá en su sillón, a salvo su integridad física, agobiada, eso sí, no tanto por el expolio sufrido como por haberle fallado el olfato —¡a ella, maestra en odoríficas sabidurías!— en la ocasión más decisiva.

(De «La Verdad»)

## CUANDO LA TIERRA ERA UNA NARANJA

Abuela Pepa nos lo certificaba a los niños: que la tierra o mundo en que vivimos era una descomunal naranja, flotando en la inmensidad de los espacios. Luego, con el paso de los años, perdidas la inocencia y la libertad de la niñez, caímos en la cuenta de que no, de que la tierra ya no era para nosotros, los pobrecitos hombres, precisamente una naranja.

La idea, de veras sugestiva, de que la tierra llegase a resultar realmente una naranja, y además achatada por los polos y abultada por el

«La actitud esteticista de Asensio Sáez da un matiz especial a sus cuentos diferenciándose con ello de tantos otros autores».

J. Belmonte Serrano

ecuador, nos fascinaba a los niños, que habíamos de solicitar de abuela Pepa la abundancia sobre el goloso tema, y abuela Pepa nos relataba entonces la historia de San Cristobalón, con su cayado que era una palmera, enteramente agobiado en su peregrinar por la tierra, porque sobre sus espaldas mantenía precisamente el peso de la bólica del mundo, y es que abuela Pepa, con aquel aire tan suyo, tan de reina enlutada y campesina, venía a resultar un pozo de ciencias y sabidurías, razón por la cual seguramente no quiso nunca cambiar, por cómodos funcionalismos de capital, su hermosa casona de labranza, grato fortín de ventanas cerradas y despensas abiertas.

Ahora que hace tantos años que abuela Pepa pasó a ser sólo un dulce recuerdo en el rescoldo de la memoria, pienso que aquél debió resultar un tiempo irrepetible en que podían ocurrir, y de hecho ocurrían acaecimientos singulares, tales como escuchar las pisadas de los Reyes Magos o descubrir los hoyos que el peso de las Benditas Ánimas modelaba sobre nuestras camas, a las que, noche de Todos los Santos, bajaban a descansar, y digo que de aquel saldo de los recuerdos de aquel tiempo me gusta hacer memoria de la matanza, víspera de la Purísima, y a las claras anda que no se trata de crimen más o menos espeluznante con destino a copla o cartelón de ciego, sino simplemente de la muerte del cerdo, con perdón, solemnidad rumbosa que convocaba a parientes, amigos y moscones, llegando a limar si las había, que las había siempre, rencillas y asperezas.

—Que no se hable más: faltando tú a la fiesta, a ninguno nos luciría la matanza, conque pelillos a la mar y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

La matanza nos reunía a toda la familia en la casona de abuela Pepa, y aseguro que llegaba a resultar un gozo para la vista la estampa del cerdo bien cebado, ajeno a su vecino drama, ramoneando bienaventuradamente en el patio y ofreciendo su visaje de chato barato, de veterano boxeador, de máscara de Solana dis-



frazada de cerdo, de hijo de Walt Disney, cuya firma, en una esquina de sus viñetas —no hay más que comprobarlo— acabada precisamente en grácil apéndice, a saber por qué, mantenía siempre una intención de rabillo de cerdo, ese simpático rizo extremo, zarcillo fino en que el cerdo termina.

Abuela Pepa lo repetía, como un rito, cada año:

—La carne del cerdo, hablando conmigo sola, siempre resulta más molluda y esponjosa si, siendo hembra, anda embarazada.

Con la entrada del matachín en la cocina, empezaba el festejo. La Sinda, la criada guapetona y lenguaraz de abuela Pepa, que siempre había de tener el chiste y la chanza a flor de lengua, adelantaba entonces, goteando lejía, aquella mesa, mitad patíbulo, mitad catafalco, sobre cuya tabla, reluciente de puro limpia, se tendía al cerdo, ya atacado por la pataleta del que barrunta su propia muerte.

Como aquel cromo de la Historia Sagrada que tanto resquemor me proporcionaba y que era el de Abraham disponiéndose a clavar su puñalón en el blanco cuello de su hijo Isaac, el matachín levantaba de pronto su hermoso cuchillo antiguo. Quedábase el brazo, por un instante, monumentalizado en el aire, y ya desde ese momento todo era un ir y venir, excitante y nervioso, de lebrillos, orzas, calderos; un hermoso guirigay de sonidos de herramientas de carnicería, de lozas, de agua que hierve, de fuegos crepitantes... Todo envuelto en una onda de acre olor a especias, hierbas, cebollas, sangres coloradas...

—Que no somos nada —afirmaba, indefectiblemente, la Sinda.

Súbitamente, de la yugular abierta en la papada del cerdo, comenzaba a manar el caño vigoroso, bermejo y borbolloneante de la sangre, recogida con urgencia en un amplio lebrillo. Abuela Pepa la removía tercamente, amorosamente, por evitar su cuajo.

Parte de la sangre del cerdo se destinaba a la confección de las sabrosas morcillas, cocidas en caldera de cobre, y al menear su olorosa y humeante masa —cebolla picada, orégano, piñones...—, a la Sinda, curvada sobre las trébedes, se le alcanzaba el arranque, de una golosa

blancura de alcanfor, de sus muslones macizos y redondos.

Abuela Pepa, a caballo, como siempre, entre el autoritarismo y la ternura, ordenaba, con el ademán de una antigua y grave ceremonia, el descuartizamiento del cerdo, afirmando sentenciosamente aquello de un año más o un año menos, según se mirase; y tras ser apartadas para su futura cura en sal las lonjas de tocino y los perniles —jamones con el tiempo—, comenzaban las glorias del banquete, pantagruélico, según expresión de tío Daniel, tan ensoñador y ensimismado siempre, que aseguraban que iba para poeta, pero para lo que de verdad iba era para difunto, el pobre, pues una mañana abuela Pepa lo descubrió desangrado sobre la cama, pálido y deslucido, mismamente como el Cristo difunto, el que sale, entre cirios y flores, Viernes Santo por la noche.

A lo que iba: en el fuego se derretían las grasas hasta obtener el apetitoso chicharrón; se asaban a la brasa las magras, limpiamente rebanadas a los rosados lomos, y se servía la poderosa «fritada», aliviada con el «ajo cabañil» y regada con los olorosos vinos del Plan, y a partir de este punto la fiesta alcanzaba sus momentos más álgidos, que se dice, muy mal dicho, por cierto, pues no hay más que consultar el diccionario, y se echaban coplas, y se contaban chistes picantes («Que hay papel blanco», advertía la abuela Pepa, por nosotros, los niños) y se admitía la broma gruesa y la graciosa chirigota, ¡más risa!, como el año aquel en que doña Asunción, amiga de mi madre y maestra nacional, untó de hollín la cara del matachín y su ayudante, o aquel otro en que tío Daniel, tan serio y comedido, tan respetuoso con todos, en uno de aquellos ires y venires del patio a la cocina, le dio a la Sinda una palmada fenomenal en el culo, que lo ví por pura casualidad, sin que los demás lo advirtieran, y cuando creía yo que la Sinda iba a montar en cólera, se volvió complacidamente hacia tío Daniel, gachona y sonreidora, satisfecha, diciéndole: «¡Charrán, que es usted un charrán!», que no entendía yo bien lo que significaba y que, a saber por qué, me maliciaba debía resultar algo gordo.

Aquel, digo, era un tiempo ciertamente irrepitible, ahora difuminado en la memoria en

vahos de una atmósfera inalcanzable, como en una de esas viejas fotografías en sepia, virada en telos de secreta nostalgia, y esto es lo raro: que, a sabiendas, desde hace muchos, muchísimos años, de que la tierra dejó de ser una naranja, uno continúe percibiendo de vez en cuando, sobre todo en determinados momentos de abatimiento o desazón, un poderoso y reconfortante aroma, como si, efectivamente, la tierra continuara siendo todavía una hermosa y fragante naranja verdadera.

(De «Monteagudo»)

### LAS CUATRO ESTACIONES

Las más viejas civilizaciones detectaron el paso de las estaciones como ciclo completo que sirve al hombre de medida y revelación de su propia existencia.

Sólo el girar de la noria del tiempo, con sus cuatro cangilones —invierno, primavera, verano y otoño— resulta inmutable frente a la caducidad y mudanza de las cosas humanas. Sin embargo, la marcha de las estaciones ha pasado a constituir un asunto totalmente «demodé» o, en el mejor de los casos, un tema de Vivaldi para ilustrar musicalmente cualquier «spot» televisivo. Quien anda inexorablemente sometido a su estrés de cada día acaba de importarle un bledo el regreso de la oscura golondrina que vuelve de nuestro balcón sus nidos a colgar, la mismísima consagración de la primavera y, por supuesto, el almanaque zaragozano. Al hombre que ha cancelado sus mitos y ha dinamitado sus símbolos, sustituyendo el amor por la biología, el libro por el video y la imaginación por los ordenadores electrónicos, de poco ha de servirle, ciertamente, ese pequeño, poético breviario del tiempo y sus aledaños que es precisamente el almanaque. No es aventurado dudar que quien en su despacho de la oficina o en su sala de estar ha llegado a dominar victoriosamente la gota gorda y genesiaca del sudor de su frente o la tiritona invernal mediante el aire acondicionado pueda coincidir del todo con Gerardo

Diego: «Para mí está vivo, como en los días de mi infancia, el encanto de los almanaques».

Insistir hoy en el tema de las cuatro estaciones, rescatar los perdidos y a la vez legítimos fueros del almanaque —rueda de los meses, ronda de los cambios de tiempo, reflexiones sobre la perennidad de los ciclos de la naturaleza— equivaldría a la recuperación de una interesante costumbre de nuestros antepasados, que no fueron tan tontos como creímos y que precisamente del tiempo hicieron caudal imprescindible, tema solar e incluso receta para muchos de sus males. Después de todo, por múltiples que resulten los avances de la técnica, por muchos humos que al hombre de hoy, envanecido por sus conquistas, se le suban a la cabeza, e incluso por muchas agresiones y trapatuestas que lo coloquen diariamente en posición beligerane contra el mundo, continuarán floreciendo los almendros cada enero, colgando su nido la cigüeña por San Blas, lloviendo fuego en agosto, oliendo a gloria el copo del azahar, llegado abril; alumbrando el sol, como una vieja calcomanía estampada en el azulejo del cielo, cada mañana...

A lo mejor, nunca se sabe, un día el hombre, cansado de su prisa, de sus mamotretos de hormigón, de sus autopistas y de sus electrodomésticos que programan y cuadrículan su existencia, comenzará a echar de menos la impronta de las cosas elementales, el palpito de la naturaleza, como quien dice. Entonces, algo tan sencillo como es mirar tejas arriba para tomarle el pulso al cielo de cada día, podría entroncarle de nuevo, de algún modo a la simplicidad y sencillez de muchos paraísos perdidos, a la verdad del alma serenada, a todo aquello que, en última instancia, viene a constituir, frente a la inestabilidad y mudanza de las cosas, las fórmulas eternas, lo inmutable.

### INVIERNO

Cambian los hombres, múdanse los hechos. El progreso aventó para siempre la antañona escenografía de los inviernos de Anita la fosfore-

Su prosa es «centelleante, sobrecogedora de lirismo, cargada de imágenes de plasticidad rica».

Rafael Laffón

ra y el obrero Juan José, los tristísimos e inmisericordes inviernos de las antiguas revistas con ilustración de buhardilla con goteras, «nevada» de Goya y glosa a la mesa-camilla. La nueva sociedad de consumo, con su culto a la tecnología, remitió a la leonera sabañones y manguitos, veladas al amor de la lumbre, camisetas de felpa, braseros cantados por Mesonero Romanos y hasta aquella pintoresca figura del sereno con uniforme de solapas levantadas, el cual, llegado el invierno, había de requerir apasionadamente pluma y papel para componer su ingenua petición de aguinaldo.

Aires nuevos soplan también para la Navidad que inaugura oficialmente la estación invernal, día arriba, día abajo, y que de un tiempo a esta parte se ve increíblemente adelantada. Se diría que, cada año, el tiempo navideño anticipa más su prólogo de oropeles, su exordio de pastor con pelliza, anuncio de mazapán y campana sobre campana. El ambiente navideño que en tiempos del cuplé, por señalar un hito más o menos histórico, apenas se notaba hasta pocas horas antes de la misa de gallo, hoy se adelanta de tal modo que el último helado de vainilla del veranillo de San Miguel viene a enlazar con el primer «spot» televisivo, pregonero de la excelencia de aquel turrón, gala de los paladares, sin cuya degustación se frustraría totalmente el espíritu navideño.

Los burgueses, más bien modestos, de Méndez Bringa o Cilla, tradicionales a cal y canto, se hubiesen sentido ciertamente incómodos si alguien, con la mejor disposición, les hubiera ofrecido un trozo de guirlache antes de que el Niño se decidiese a hacerse barro policromado en el Portal. Seguro que de hecho les hubiese parecido un detalle de mal gusto cuando no una irreverencia. Para ellos la Navidad constituía, en última instancia, un moderado superávit de pavo, zambomba y copa de anís del Mono, festivo ciclo empezado en la nochebuena y cerrado indefectiblemente la mañana, un tanto nostálgica, de Reyes. Aquéllas debieron ser las serenas y edificantes navidades de Fernán Caballero y Campoamor frente a las otras, tan distintas a fuerza de bullanga y derroche, que el «desarrollo» traería muchos años más tarde. Claro que habría que averiguar si aquel severo comedimento no obedecía, antes que a ejemplares austeridades espirituales, a una teoría de la escasez.

Mejor o peor entendida la Navidad, Dios es-

trena, recién nacido el invierno, su traje de hombre precisamente para que el hombre busque y encuentre, allá, en las profundidades de su corazón, la veta de las buenas voluntades. Nunca como ahora se nos había hablado con tan terca y a la vez grata insistencia de un todavía posible entendimiento entre los hombres, poniendo así en circulación palabras de tan lúcida hermosura como éstas de la concordia, la reconciliación, la paz... Acaso el simple hecho de rellenar con un «felices pascuas» el dorso de una tarjeta con una vista del belén de Salzillo, ¿no constituirá ya una eficaz fórmula para poner en rodaje nuestros buenos deseos?

## PRIMAVERA

Maella simbolizó a la primavera en una señora de buen ver, coronada de rosas, sobre fondo de jardín rococó. Debió apretar con fuerza el tubo del blanco zinc y el del carmín de granza, pues así de rosada y frescachona salió la dama, lozana Eva, Flora vendiendo salud.

Simbologías aparte, llegado el 21 de marzo, la primavera vuelve a mandar una ola de sangre renovada a nuestro cansado corazón. Gracias, por tanto, le sean dadas por el hecho. También, claro, por la primavera salida «a cuerpo», por el primer grano del año, por esa ventana abierta de par en par, por la flor nacida en el alero, al pie de la antena del televisor; por el escaparate que crece, junto a los trajes de primera comunión, los alígeros modelos de tela liviana y vaporosa; por la gracia impagable, don apacible, en fin, de sentirnos en una mañana de sol, millonarios de optimismos.

Los días empiezan a ser largos como cuellos de jirafa mientras se esponja, a la vez que la tierra florecida de nuevo, la voluntad de los hombres hasta ayer así como encogida y aliquebrada. Se diría que se respira un aire renovado y turbador, como si una hermosa mujer hubiese movido sus pestañas. Y hablando de mujeres, ¿no resulta gratamente sorprendente, reconfortante de algún modo, el hecho de que al referirse a la edad de esa muchacha puesta al día, discotequea de «cuero» y «vaqueros», alguien siga contando sus años por primaveras?

Ibamos diciendo: De la mano del refranero viene la primavera. «Por San Raimundo vuelve la golondrina del otro mundo». «Enjambre de

# Marzo



abril, para mí; el de mayo, para mi hermano; el de junio, para ninguno». «Abril y mayo, las llaves de todo el año». La verdad es que, bien pensado, a uno le da así como cierto recelo pudoroso al proclamar que, efectivamente, aquí está la primavera, y que es bueno salir a su encuentro, y más aún entrar en el juego de sus aires, colores, exultaciones. En un mundo que se vanagloria de haber desterrado la metáfora, derrumbado el mito, y arrumbado por «demo-dées» las emociones sencillas y normales, a todos nos va dando, ciertamente, un poco de temor llevar hasta nuestros labios, por el riesgo de ese posible sambenito de retrógrados que puedan colgarnos, palabras como sol, rama, ramo, amor, gozo de estar vivo, primavera, en fin.

Claro está que, por otra parte, frente al evidente menosprecio de la vida actual por el hecho de que el almanaque empiece a marcar una nueva estación, aunque de la primavera se trate, todavía nos queda la esperanza de que un día, un buen día, parte de las desmandadas aguas retornen a sus antañones cauces. A lo mejor, todo iba a ser cuestión de que, ella y él,

jóvenes a rabiarse, llegado el 21 de marzo, se armaran del suficiente coraje para mandar al cuerno la náusea y la desgana y, empezando a creer de verdad en algo —¿en Dios por ejemplo?— se decidieran a ponerse en marcha, al aire de las acacias aventando de flor, para hacerle saber a los demás que la primavera, aún no sabiendo cómo había sido, aquí estaba, empujándonos a todos, aunque fuese sólo por higiene, a la alegría de vivir.

## VERANO

Ya somos felices. El calor que siempre se deja desear, la verdadera cifra abrasadora y corrosante del verano cuyo retraso tanta añoranza despierta en nuestro corazón, crudo de soles, adquiere, al fin, su hechura soberana, su cuerpo de bambolla, alma del Purgatorio y alto horno de Bilbao.

Menos mal que la vacación apunta en el almanaque como una flor de la maravilla, como un himno libertario, poniéndonos en gozosa fuga hacia una cercana playa con sombrilla y «topless». ¿Qué otra cosa deja de ser el verano sino una descomunal huída de la rutina de nuestra jornada, un escapismo del oficio y la obligación, bálsamo contra el agobio y alivio de la costumbre?

Ojo avizor, sin embargo, frente a la trampa que, arteramente, puede tendernos el verano. Tomémosnos esa necesaria precaución para que el sol no sólo ablande asfaltos, que ya es ablandar, sino memorias, entendimientos y voluntades. Mentira que el verano sea solo este edén de bolsillo que algunos creen, telefilme de feliz final. Pura falacia que todo el monte orégano nos resulte. La secretaria —valga el ejemplo— que en la terraza playera, al son de una sedante y pegajosa melodía, sincroniza su corazón más o menos tostado en el del jefe de administración, sólo se casa con éste, llegado el otoño, en un guión para «teuve» o en el foto-romance de turno. En la vida, que se sepa, la niña burócrata y discotequera, finiquitadas las vacaciones, acaba siempre por volver al reencuentro con la tecla y el bloc.

Pero, ¿de verdad habíamos pensado en hacer tabla rasa, en creernos igualados por una coincidencia de bañador? El agua del mar, como la muerte, nos empareja, ciertamente, pero ¡qué



desencanto, luego, devueltos a la arena, al enfretarnos con el cuadro hiperrealista de nuestra propia verdad! ¡Claro que con retrasar la salida del baño...!

«Nosotros, los felices», hemos oído autoclasificarse, precisamente al entrar en el mar, a ese amigo que, a fuerza de pluriempleo, supresión de postre y salida del bofe, ha conseguido alquilar un miniapartamento de tercera fila en una playa. Y lo más bonito es que lo ha dicho de verdad, burlando toda pedantería, olvidando totalmente las horas grises y tediosa de sus agobiantes tutes laborales. Porque el verano es «así». También porque el resto del año venimos uncidos a la carrera tonta del trabajo y la rutina, de las solemnes decisiones y la complicadísimas responsabilidades, y es necesario, absolutamente necesario, mandar ahora muchas cosas al monte del olvido.

«El verano es la estación de la dicha» escribió Maeterlinck. Se olvidó, ay, de añadir, como aleccionador estrambote, el calificativo de «pasajera». Precisamente porque el verano es sólo un paréntesis en el almanaque, estación de paso, deslumbradora magia más que verdad a secas, toda vigilancia es poca. Cuidado, pues, con prometer en estos días más de lo que podemos dar, con aceptar más de lo que podemos ofrecer, con tomar en serio lo que es sólo brisa que pasa, paraíso artificial, droga menor que, sin embargo, puede vaciarnos el alma. De verdad que puede vaciarnosla.

## OTOÑO

Aquí está, pese a quien pese, el otoño, por mucho que las pantallas de los cines al aire libre y los toldos playeros de las terrazas de los bares y cafeterías intenten disimular el para ellos tan poco apetitoso y sugestivo acontecimiento.

La verdad es que el otoño, frente a las múltiples prerrogativas de la primavera, estación de mermados prestigios nos vino a salir. A la vista salta: que si el primer resfriado, que si los días

se nos quedan así de cortos, que si el cielo comienza a lacrimar como el ojo de cristal de una Dolorosa... Olvidamos, de este modo, la medular verdad del otoño, estación optimista donde las haya, si bien se mira; plataforma de muchos relanzamientos, estadio del año en el que, tras el letargo del verano, tantas cosas se renuevan y en el que el hombre se reencuentra con ese área combativa que es el volver a empezar, aunque sin música de Cole Porter sí con una dimensión deportiva de la mejor ley.

Seguro que el otoño doliente, becqueriano y neblinoso, con bancos vacíos en un paseo de árboles de desnudo ramaje, ulular de fantasmas, tisis galopante y pistoletazo de Larra, lo inventaron los poetas ricos, bien apoltronados junto al amor de la chimenea, después de una buena digestión; lo mismo que el primer bodegón con faisán y langosta fue firmado por un pintor hambriento.

Dejando aparte la falacia de que el otoño tiene tanto de víspera de invierno como de prolongación de verano, alegrémonos, pues, de que el otoño irrumpa una vez más en nuestra biografía. Sepamos aprovechar cuanto de primigenio e inaugural nos ofrece este trimestre. Mientras el Marqués de Bradomín llora sus lágrimas de mentirijilla por la amada muerta sobre las alfombras del otoño, lumbre serena que pule la piedra y mantiene por mucho tiempo aún el tono bronceado en el brazo de las muchachas que, en la anochecida, vuelve a embutirse en la piel del recién adquirido «pullover». Inventemos, junto a tanta estrofa resabiada y cursilona desdichadas a la primavera, nuestro himno triunfal del otoño, aunque, por fidelidad al tiempo que nos ha tocado vivir, tengamos que sustituir el acompañamiento del arpa o el clavicémbalo, románticos ellos, por el de la guitarra eléctrica, o la batería de cualquier conjunto en boga, cuyos componentes, lo que son las cosas, pudieran competir, en cuanto a indumentaria se refiere, con los más barbudos y melenudos poetas decimonónicos, cantores del otro falso otoño de ojera y panteón, inexistente hoy, por fortuna, fuera de aquellos acongojantes y caducados ripios que nos legaron.

Arenio Serr